

y estilizada, en una armonía muy personal, logrando hermanar la profundidad a la gracia, la riqueza a la austeridad. He aquí, por ejemplo, "El canto de las pequeñas piedras de los ríos", que han hallado en el ojo místico del poeta una transfiguración de imágenes, logrando elevarlas a un nuevo mundo, o —mejor— logrando iluminar el mundo en que viven, y que sólo al ojo vulgar es pequeño y efímero. He aquí "Poesía eterna", especie de credo poético, en que el espíritu se enfrenta a la belleza inmortal, estremeciéndose en su espejo innumerable ("Eso que nunca hemos de comprender — con absoluta claridad — y que da al canto inmortalidad — poesía eterna — puede ser"). He aquí la "Oda al cielo de la Nueva Atlántida", magnífico canto a la grandeza de América, a su destino de paz, trabajo, fraternidad, prosperidad; versos de tono sinfónico, rico de símbolos y conceptos que siempre aparecen valorizados por el poeta. He aquí "¿Quién?" (para nosotros, el mejor poema de Oribe), en cuya música parecen fundirse el mundo y el trasmundo del poeta. Esta página inolvidable hace evocar, a veces, la sutil y austera emoción de algunos grandes poetas de Inglaterra y de Estados Unidos: un Arthur Symons, un T. S. Eliot, un Edgar Lee Masters. He aquí "La lámpara que anda", "La luz defendida", "Poema de Manhattan" . . .

Al subrayar las numerosas correcciones que el poeta ha realizado en sus poemas, al cotejar dos versiones de una misma página, comprendemos cuán sutil y certero es el espíritu que ha presidido esas modificaciones, ampliaciones, supresiones.

Esta antología poética está precedida por un magnífico ensayo en que el autor da su "Ars poetica". Finaliza con una serie de agudos pensamientos: "Poesía e inteligencia."

\*

\* \*

CARLOS PRÉNDEZ SALDÍAS, *Soledad*.—Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1944. 100 pp.

A través de una extensa y dignísima labor poética, este chileno ha ido afirmando una personalidad muy interesante. Sus numerosos libros (desde *Misal rojo*, 1914, hasta esta *Soledad*) constituyen un rico itinerario lírico, en el que lo fundamental resulta, sin duda, ese tono de canción finamente estilizada, tan propio de Préndez Saldías. Ciertamente, otros aspectos valiosos pueden señalarse en la obra de este artista, que a veces

da a sus poemas hondura conceptual, o que —como en “Cielo extranjero”— evidencia sus dotes de imaginativo. En *Soledad*, su visión de la vida aparece envuelta en una como melancolía bienhechora: el poeta, en la serenidad otoñal, dice la pureza de sus sueños con voz emocionada. He aquí uno de los poemas de *Soledad*:

En la ronda de niñas que engalana  
 el huerto en flor con su cantar de bodas,  
 hija del corazón, va tu mañana  
 más luminosa de niñez que todas.  
 Mi inocencia está ahí, junto a la tuya,  
 viva en la evocación y en el deseo,  
 y no hay dolor humano que destruya  
 esta ilusión en que girar me veo.  
 Todo mi ayer de claridad revive  
 en la danza de júbilo inocente  
 que, en mi soñar, yo sé que me recibe.  
 Y a la voz de tu madre que me nombra,  
 hija del corazón, tímidamente,  
 en el coro de luz vuelvo a ser sombra.

Todo el libro posee una perfecta unidad, tanto temática como expresional. La edición es sobria, bien impresa.

\*

\* \*

EDUARDO DE SALTERAÍN HERRERA, *El Arandú*.—Montevideo, Editorial Ceibo, 1944. 368 pp.

En esta novela ha realizado Salteraín Herrera una enjundiosa re-creación del ambiente uruguayo —y, más especialmente, montevideano— a fines del siglo pasado. Y ello, sin que su obra pierda su carácter novelístico, su coordinación temática. El suceso histórico o costumbrista aparece evocado con tal relieve que —para nuestro gusto, al menos— constituye el mayor atractivo de esta obra. Arandú —el héroe de la novela— deja en estas páginas su inquietud de muchacho luchador, siempre acompañado por la fidelidad de su perro Chajá. Pero, a pesar de la nitidez con que está captada su psicología, el interés del lector va, sobre todo, hacia aquellas estampas tan finas y vigorosas a la vez, en la seguridad de su trazado: las revoluciones, el asesinato del Presidente Idiarte Borda; el naufragio de